

LA INTERCOMPRENSIÓN ROMÁNICA

Paul Teyssier

El proyecto del que vamos a hablar concierne cuatro de los cinco idiomas románicos que tienen en el mundo actual el estatuto de lenguas nacionales: el español, el francés, el italiano y el portugués. El quinto, que es el rumano, no pudo, por razones prácticas, figurar en la lista, y lo sentimos mucho.

- I -

Por más extraño que pueda parecer, este proyecto nació... en Dinamarca, muy lejos del mundo latino. El danés, el noruego y el sueco son, como se sabe, los tres principales idiomas escandinavos, constituyendo el ramo nórdico del germánico común. Son bastante parecidos entre sí, de modo que quien conoce bien uno de ellos (quien tiene en él, diremos, una *competencia activa*) puede con relativa facilidad entender los otros dos (tener en ellos una *competencia pasiva*), por lo menos en su forma escrita. Para facilitar las relaciones entre los tres países escandinavos, fue creada en cada uno de ellos una enseñanza elemental de la lengua de los otros dos. Así, por ejemplo, un danés de cultura media puede, después de algunos meses, descifrar textos simples escritos en noruego y sueco. Prosiguiendo su aprendizaje, adquirirá finalmente la capacidad de escuchar la radio, mirar la televisión y tener con interlocutores noruegos y suecos conversaciones en la cuales cada uno habla su propia lengua y entiende la de los otros.

Fundándose en esta experiencia, se les ocurrió a algunos lingüistas daneses la idea de aplicar el mismo método a los cuatro idiomas románicos enseñados en sus universidades, que son el español, el francés, el italiano y el portugués. Se pusieron a trabajar en este sentido, creando cursos especiales, imaginando una nueva didáctica, publicando gramáticas y diccionarios. Y comprobaron que eso funcionaba bien. Un alumno danés que ya tiene, por ejemplo, un conocimiento activo del español (que es capaz no sólo de entender sino también de hablar y escribir esa lengua) puede adquirir en algunos meses, mediante un aprendizaje apropiado, un conocimiento pasivo del francés, del italiano y del portugués.

Los mismos lingüistas quisieron experimentar esa idea al nivel internacional. Así se construyó un equipo de «romanistas» españoles, franceses, italianos, portugueses y brasileños, sin olvidar a los daneses iniciadores del proyecto. Fui uno de los miembros franceses del grupo. El profesor Jørgen Schmitt Jensen,

NOTA - Última conferência proferida por Paul Tessier, na Universidade de Granada (Espanha), enviada pelo Dr. Nicolás Extremera Tapia, associado correspondente da ABF, com pedido de publicação na revista da Academia Brasileira de Filologia.

de la universidad de Aarhus (Dinamarca), fue constituido coordinador de la operación, designada por la sigla «I.C. 4» («Intercomprensión Románica - cuatro lenguas»), y se empezó luego el trabajo. La primera reunión tuvo lugar en París en 1992 y se realizaron desde entonces reuniones regulares en Francia («Maison des Sciences de l'Homme», París), Italia (Academia de la Crusca, Florencia), Dinamarca (Universidad de Porto). Esas reuniones fueron facilitadas por las autoridades universitarias y académicas de cada país. En Francia, hemos tenido un aliado precioso en la persona del profesor Maurice Aymard, administrador de la problemática de nuestro proyecto, de discutir sus diversos aspectos y de reunir los elementos necesarios para redactar cuatro libros escritos en cada una de nuestras cuatro lenguas. Por mi parte, fui encargado de la redacción del volumen francés.

Llegado a este punto de mi exposición, quisiera hacer algunas reflexiones preliminares acerca del método a adoptar en una operación de este género. Se trataba de determinar la mejor manera de preparar a los usuarios de cada una de nuestras lenguas (en mi caso el francés) para que pudieran entender rápidamente las otras tres. Para alcanzar este objetivo hay que conocer con precisión los obstáculos que se deben superar. Ahora bien, pueden imaginarse para eso dos procedimientos opuestos. Podemos, por un lado, partir de la observación concreta, estudiando lo que sucede cuando, por ejemplo, un locutor francés que no ha estudiado nunca el español se encuentra repentinamente en presencia de un texto escrito en esa lengua. Ese locutor notará luego que ciertas palabras son muy parecidas a las del francés: estas zonas de menor resistencia le permitirán hacer conjeturas más o menos válidas sobre el sentido global del texto. Otras partes del mismo texto, al contrario, permanecerán para él totalmente opacas. De observaciones de este tipo se puede deducir una gramática contrastiva que después será aprovechada para elaborar una verdadera pedagogía y redactar manuales. Pero podemos también, adoptando un método opuesto, fundarnos en la competencia personal de lingüistas bilingües, o trilingües o (¿por qué no?) cuadrilingües, que analizarán *desde dentro* la experiencia que tienen del plurilingüismo y de la intercomprensión. Esos observadores privilegiados pueden también elaborar una gramática contrastiva. Claro está que los dos métodos son complementarios y que debemos, en la práctica, adoptar los dos al mismo tiempo, acentuando simplemente ora el primero, ora el segundo. En nuestro caso fue el segundo el que privilegiamos.

- II -

Volviendo al trabajo efectuado desde 1992, diré solamente que hemos podido, a lo largo de estos cinco años, acumular un gran número de datos. Todos los aspectos de una gramática contrastiva de los cuatro idiomas fueron analizados y discutidos. Al mismo tiempo que íbamos recogiendo toda esa «materia prima», veíamos elaborarse poco a poco una doctrina sobre la «tipología» de las lenguas derivadas del latín. Finalmente, después de una última discusión durante la reunión que tuvimos este año en Florencia, fue aprobado

el texto francés, que consta de unas trescientas páginas mecanografiadas, - y que paso ahora a resumir.

Después de un breve prólogo y de una introducción en la cual se exponen el tema y la finalidad del libro, tenemos dos capítulos introductorios sobre el lugar ocupado por el francés en el conjunto de la Romania y sobre el alfabeto y la pronunciación del español, del italiano y del portugués. La originalidad del francés se explica por el hecho de que esta lengua ha evolucionado más que las otras tres a partir del latín. Ha llevado más lejos ciertas tendencias que existían en ciente en toda la familia románica. El resultado es que el francés, lengua del norte, se aparta notablemente de sus tres hermanas del Sur. Su fonética tiene ciertos rasgos, como por ejemplo la existencia de una serie de vocales palatales labializadas (*mur, fleur, deux*), que son desconocidas del español, del italiano y del portugués, y que por eso se alejan de estas lenguas y lo acercan por el contrario a las lenguas germánicas como el alemán. Podemos hacer muchas observaciones semejantes en lo que se refiere a la morfología y al léxico. En el sistema del verbo, por ejemplo, el empleo de los pronombres personales sujetos es imperativo en francés, como en inglés y alemán, cuando no lo es en las tres lenguas del Sur (se dice *je parle* como *I speak* o *ich spreche*, cuando los otros pueden decir simplemente *hablo, parlo y falo*). En el léxico existen listas impresionantes de palabras en las cuales el francés se aparta del español, del italiano y del portugués, tres idiomas que forman al contrario un frente unido (por ejemplo *aveugle - ciego, cieco, cego, o danger - peligro, pricolo, perigo*). Estas observaciones son importantes para nuestro propósito: significan que la intercomprensión será más difícil entre el francés y cualquiera de las tres lenguas del Sur que entre una de éstas y las otras dos.

Después de estos preliminares nuestro libro comprende tres capítulos dedicados, precisamente, al léxico: 1) El léxico: características generales, 2) La historia de las palabras, 3) La organización del léxico. Así tratamos del léxico antes de tocar los temas considerados como centrales en las gramáticas tradicionales, que son la morfología y la sintaxis. Esta innovación merece un comentario. Es a propósito del léxico como se puede enfocar de la manera más nítida ciertos temas fundamentales de nuestro libro. La organización del léxico es un campo ideal para definir la «personalidad» de una lengua y mostrar de qué manera se distingue de otras que pertenecen a la misma familia histórica. Por eso nos pareció oportuno adoptar este plano poco conformista.

Vienen después quince capítulos de hechura más clásica, que conciernen la morfosintaxis (los nombres, los adjetivos, los artículos, el verbo etc. y constituyen una especie de gramática comparada de las cuatro lenguas. Pero el punto de vista es siempre el de una gramática contrastiva, que, sin dejar de señalar las identidades, insiste en las divergencias. Y el volumen se concluye con una serie de «anejos» que contienen, en particular, un resumen de las conjugaciones del español, del italiano y del portugués.

Al emprender nuestro trabajo teníamos la intención de hacer sobre todo una obra útil, y hasta utilitaria, para poner a la disposición de los lectores francófonos un instrumento práctico que les proporcionara las informaciones necesarias para adquirir en español, italiano y portugués esa competencia pasiva de que hablé hace poco. De ahí resultan ciertas particularidades del libro. Como no nos dirigimos a un público especializado, siempre hemos tenido empeño en que el libro sea de lectura fácil. Por eso evitamos toda forma de erudición, empleamos siempre una terminología de tipo tradicional, pese a ciertos de nosotros que lo lamentaban, y huimos de un vocabulario hoy de moda que transforma a veces el lenguaje de la gramática en una verdadera jeringonza.

Por otro lado el objetivo que perseguíamos se relacionaba sobre todo a la lengua escrita en su forma más simple. Nuestro proyecto inicial consistía, en suma, en redactar un resumen de gramática contrastiva de nivel elemental. Imaginábamos un folleto de unas cien páginas. Pero a medida que íbamos trabajando, veíamos ampliarse y dilatarse nuestro horizonte. En lo que me concierne, al escribir el volumen francés, se me ha ido imponiendo poco a poco la idea de que estaba haciendo un trabajo que, en verdad, no había sido nunca intentado, el de redactar una «gramática contrastiva» de las cuatro lenguas románicas sin par del latín. Entonces me dejé conducir sin reserva por esta ambición, y en vez de un librito de cien páginas tenemos finalmente un volumen de trescientas. Y pienso que está bien así. Podremos interesar a todas las categorías de lectores. Los que quieran emplearlo con fines puramente utilitarios lo tomarán como un libro de referencia del cual sacarán informaciones prácticas. Los alumnos de español, italiano o portugués, encontrarán en él todos los elementos de un manual. Los profesores de lenguas, por su parte, tendrán a su disposición una obra de consulta. En fin un público más general quizá será atraído por el carácter bastante nuevo de nuestra empresa.

- III -

Quisiera ahora comentar ciertas particularidades de este trabajo.

En primer lugar es una obra colectiva, que resulta de la colaboración de un grupo internacional de especialistas. Todo el contenido de este libro ha sido largamente discutido, enmendado y revisado a lo largo de una «gestación» que ha durado cinco años. El carácter internacional del equipo es la garantía de que todos los puntos de vista pudieron expresarse.

En segundo lugar este libro, escrito en francés, es, como ya dije, el primero de un conjunto que comprenderá finalmente cuatro volúmenes. Cada uno de nuestros cuatro idiomas tendrá su volumen propio. Habrá necesariamente una gran unidad en estos cuatro volúmenes, pero sin embargo no serán de ningún modo idénticos. Serán cuatro miradas echadas a una realidad compleja, que permitirán tener en cuenta la personalidad y originalidad de cada una de las cuatro lenguas.

En tercer lugar hemos querido hacer una especie de gramática comparada de las lenguas románicas sin exigir de los lectores el conocimiento del latín.

Es una limitación deplorable, ya que se puede explicar mucho mejor lo presente cuando se conoce lo pasado. Pero hay que confesarlo: hoy en día los estudios latinos están en crisis, y el latín se ha vuelto, en todos los sentidos de la palabra, una lengua muerta. Para resolver el problema así planteado, limitamos a lo mínimo el recurso al latín, sin con todo repudiarlo por completo. Pensamos, en efecto, que es posible presentar al lector los caracteres principales de la lengua latina de un modo simple, indicando, por ejemplo, los rasgos generales de su sistema fonético, enseñando en qué consiste una declinación, cómo funciona una lengua desprovista de artículos etc.

Por otro lado es posible explicar muchos aspectos de las lenguas románicas sin salir de nuestra época, por medio de una observación sincrónica de las lenguas actuales. Así, por ejemplo, para describir la oposición entre el francés *vie*, el italiano *vita* y el español-portugués *vida*, no es imprescindible presentar toda la evolución de las oclusivas sordas del latín clásico hasta las lenguas modernas: basta decir que la forma italiana *vita* es la más arcaica, que por desgaste fonético de la sorda *t*, en un primer momento, se sonorizó en *d* (conservada en español y portugués), y que finalmente, en una tercera etapa, desapareció por completo en el francés *vie*. Prosiguiendo la descripción, se pasará después a otros fonemas, y se mostrará que la evolución fonética va siempre en la misma dirección, por ejemplo con el italiano *amico*, el español-portugués *amigo* y el francés *ami*. Ese tipo de descripción, en la que la comparación sincrónica desempeña el papel de la evolución diacrónica, puede emplearse en muchos casos. Tomemos por ejemplo la diptongación vocálica. Al francés *neuf* corresponden el español *nuevo*, el italiano *nuovo* y el portugués *novo*. Aquí es en portugués donde se mantiene la vocal etimológica *o*, la cual se diptonga en las otras tres lenguas, pero no de un modo desigual y progresivo: *uo* en italiano (*nuovo*), *ue* en español (*nuevo*) y *eu* en francés (*neuf*, que proviene de un más antiguo *nuef*). Y la misma progresión en el desgaste fonético se encuentra en otras palabras, por ejemplo en el portugués *pode* (sin diptongación), el italiano *può* (diptongo *uo*), el español *puede* (diptongo *ue*) y el francés (*il*) *peut* (vocal *eu*).

Los mismos ejemplos pueden servir para ilustrar otros fenómenos, que las gramáticas históricas describen generalmente desde un punto de vista diacrónico, pero que nuestro libro presenta en su realidad actual, y nada más: muchas palabras obviamente emparentadas con *vida* (en español y portugués) o con *vie* (en francés) tienen formas en las que se conserva la *t* del italiano *vita*: por ejemplo *vital*, *vitalizar*, *desvitalizar* (en español y portugués) o *vital*, *vitaliser*, *dévitaliser* (en francés). Las personas acostumbradas a los conceptos de la lingüística histórica reconocen aquí inmediatamente las palabras llamadas «eruditas» o «cultas», introducidas o reintroducidas en las lenguas modernas a partir del latín, que se oponen a las palabras del «patrimonio hereditario» (*vida* y *vie*), que nunca dejaron de existir, siendo transmitidas de padres a hijos a través de los siglos. La identificación de estas dos categorías es muy importante, pues es una llave fundamental con la cual podemos reagrupar las palabras por

familias. Poca importancia tiene para nuestros lectores, a pesar de su interés cultural, la determinación de la fecha y de las circunstancias en las que las palabras «eruditas» fueron introducidas en las lenguas modernas. Basta conocer la existencia de las dos categorías, que permite orientarse en la inmensidad de los vocabularios y dominar el «océano de las palabras».

Para proporcionar a nuestros lectores un instrumento de fácil consulta, figura entre los «anejos» del libro un prontuario de las correspondencias fonéticas de mayor frecuencia entre nuestras cuatro lenguas, del tipo de las que acabamos de ver a propósito de *vita* o *nuevo*. Se trata de recetas cómodas y no de reglas rigurosas. Pero aun dentro de estos límites estas listas pueden ser muy útiles. Se fijan en la memoria y crean asociaciones regulares que resumen ciertas correspondencias muy frecuentes. De este modo se pasa de una lengua a otra como si se tratara de simples variantes, como si por ejemplo el español, el francés, el italiano y el portugués fueran cuatro dialectos de una misma y única lengua. Claro está que en este volumen tomamos siempre el punto de vista del locutor francés. Aquí están algunos ejemplos:

- Cuando aparece en francés un acento circunflejo, la palabra correspondiente en las otras tres lenguas tiene a menudo una *s*. P. ej. fr. *pâte* ? esp., it. y port. *pasta*.
- Cuando el francés tiene *cha-* o *che-*, las otras tres lenguas tienen muchas veces *ca-*. P. ej. fr. *chameau* ? esp. *camello*, it. *camello*, port. *camelo*.
- Los grupos consonánticos que corresponden al francés *cl-*, *fl-* y *pl-* son los indicados en los ejemplos siguientes:

Fr. <i>clef</i>	? esp. <i>llave</i> ,	it. <i>chiave</i> ,	port. <i>chave</i>
Fr. <i>flamme</i>	? esp. <i>llama</i> ,	it. <i>fiamma</i> ,	port. <i>chama</i>
Fr. <i>plein</i>	? esp. <i>lleno</i> ,	it. <i>pieno</i> ,	port. <i>cheio</i>

- Los grupos franceses escritos *-eau* y *-au* y pronunciados [o] proceden respectivamente de *-el* y *-al*, que se mantienen en las otras tres lenguas. P. ej.:

Fr. <i>peau</i>	? esp. <i>piel</i> ,	it. <i>pelle</i> ,	port. <i>pele</i>
Fr. <i>aucun</i>	? esp. <i>algún</i> ,	it. <i>alcuno</i> ,	port. <i>algum</i>

- Las correspondencias de la vocal francesa escrita *eu* (vocal palatal labializada) son de dos tipos, ilustrados por los ejemplos siguientes:

1) Fr. <i>neuf</i>	? esp. <i>nuevo</i> ,	it. <i>nuovo</i> ,	port. <i>novo</i> (ver más arriba)
2) Fr. <i>fleur</i>	? esp. <i>flor</i> ,	it. <i>fiore</i> ,	port. <i>flor</i>

- Al grupo francés *-ill* (= *-yod*) corresponden *-j-* en español (= constrictiva velar sorda), *-gli-* en italiano (= *l* palatal y *-lh-* en portugués [id.]). P. ej.:

Fr. <i>paille</i>	? esp. <i>paja</i> ,	it. <i>paglia</i> ,	port. <i>palha</i>
-------------------	----------------------	---------------------	--------------------

Las correspondencias que acabamos de indicar son sólo algunos ejemplos de una realidad mucho más vasta.

- IV -

Considerando ahora otro aspecto de nuestro trabajo, me propongo mostrar como la comparación de los cuatro idiomas románicos en su forma actual, y con referencias limitadas a su historia, permite poner en evidencia las peculiaridades de cada uno, - lo que se llamaba en otro tiempo su *genio*, y que los lingüistas designan hoy como su *tipo*. Vamos a tomar el caso del francés, y veremos que la comparación de esta lengua con el español, el italiano y el portugués hace resaltar un aspecto importante de su morfología, que es el empobrecimiento de la derivación nominal.

Observamos en primer lugar que el francés moderno, en su forma hablada, ha perdido las desinencias del plural. Con excepción de unas pocas palabras como *cheval*, plural *chevaux*, o *œil*, plural *yeux*, nada distingue en la pronunciación el singular del plural: *livre* (singular) es idéntico a *livres* (plural) y *château* (singular) es idéntico a *châteaux* (plural), a pesar de la presencia, puramente gráfica, de una *s* o de una *x*. La única ocasión de resucitar la difunta *s* (o *x*) es lo que llamamos la *liaison* («ligación»), por ejemplo en los grupos soldados como *livres - z - anciens* («libros antiguos») o *châteaux - z - historiques* («castillos históricos»). Al contrario, las tres lenguas del Sur oponen siempre, tanto en la escritura como en la pronunciación, el singular y el plural: tenemos en español *libro / libros* y *castillo / castillos*, en italiano *libro / libri* y *castello / castelli*, en portugués *livro / livros* y *castelo / castelos*. Ahora bien, sabemos que la categoría del número existe en todas las lenguas del mundo, que es, como se dice, uno de los «universales» del lenguaje humano. Los franceses tuvieron necesariamente que remediar esta pérdida catastrófica. ¿Cómo lo hicieron?

La solución consistió en reemplazar, como expresión del plural, las desinencias colocadas al final de las palabras por morfemas gramaticales situados antes de ellas. Estos morfemas son los artículos, demostrativos, posesivos etc., en suma todas las palabras que se designan generalmente como «determinantes». En la mayoría de los casos esos determinantes ya existían en el plural, con una forma que las distinguía de los singulares (*le livre / les livres*, *ce livre / ces livres*, *mon livre / mes livres*). El problema ya estaba resuelto. Pero en un caso no había ninguna forma de plural, y se trataba de un caso muy frecuente: el artículo indefinido *un*. Entonces se forjó un plural, que fue *des*. Se dice en francés *un livre / des livres*, cuando las lenguas del Sur dicen *un libro / libros*, *un libro / dei libri*, pero la forma simple *libri* es normal, cuando en francés es imposible: **j'ai livres* no existe, y sólo se puede decir *j'ai des livres*.

He insistido en este caso, porque sirve para caracterizar una tendencia general del francés, que lo aparta del español, del italiano y del portugués, y que consiste en dejar caer los sufijos y en reemplazarlos por morfemas situados delante de las palabras. La carga semántica salta, por decirlo así, por encima de esta palabra. Esta tendencia es visible en todos los campos de la lengua. Podemos comprobarla de muchas maneras.

Consideremos, por ejemplo, el sistema del verbo, que ya mencioné en el principio de esta conferencia: los verbos deben obligatoriamente tener un sujeto expresado. En francés no se puede emplear simplemente la forma verbal, como en el español *hablo* o *hablas*, o en las formas correspondientes del italiano y del portugués. Se dirá, pues, *je parle, tu parles* etc... La razón es clara: las desinencias de las formas verbales *parle, parles, parlent*, distintas en la escritura, se confunden en la pronunciación. Aquí también, para remediar esta situación, las desinencias gramaticales fueron reemplazadas por morfemas colocados delante del verbo.

Tercer ejemplo: ciertas profesiones o funciones, que en otro tiempo estaban reservadas a los hombres, son ahora ejercidas también por mujeres. Acontece, sin embargo, que los nombres de esas actividades no tienen formas femeninas en francés. Es el caso de *professeur* (una profesión en la que las mujeres ocupan hoy la mayoría de los puestos) o *ministre* (una función que todos los partidos políticos se vanaglorian de abrir a las mujeres). De ahí resultan problemas insolubles y situaciones bastante ridículas. La Academia Francesa nos ha enseñado que debemos decir, por ejemplo, «Madame le professeur» y «Madame le ministre», que «Madame l'ambassadrice» es la esposa de «Monsieur l'Ambassadeur», cuando la señora que desempeña el cargo de embajador es «Madame l'Ambassadeur». ¡Qué mezcolanza! Y ¿Cómo debo decir si no empleo la palabra «Madame»? ¿Diré, por ejemplo, hablando de una señora que es *professeur* y que no puede dar clase por estar grávida, que «*le professeur est enceinte*» o que «*le professeur est enceint*»? (lo que daría en español, traducido al pie de la letra: «el profesor está grávido»). Es así como, en el país de Descartes, nos armamos un lío en las exigencias contradictorias de la lógica y de la gramática, cuando se dice *profesora* en España, *professora* en Portugal y *professoressa* en Italia. Y todo proviene de una única causa: el francés aborrece los sufijos y por eso se resiste a ciertas formas nuevas de derivación. Los derivados femeninos que existen desde hace muchos siglos, como *boulangère* («panadera»), pueden usarse, porque para ellas hay prescripción, pero la puerta de la lengua está terminantemente cerrada a los derivados nuevos.

Mi cuarto ejemplo es relativo a una categoría bien particular de derivados: los diminutivos y aumentativos. En español, italiano y portugués existen muchos sufijos que permiten formarlos. El francés contemporáneo es, al contrario, en lo que se refiere a estos derivados, de una pobreza desoladora. Tomemos el italiano, que se lleva sin duda la palma en esa materia, y limitemos nuestra pesquisa a los diminutivos. Hay en esta lengua una cantidad impresionante de sufijos, por ejemplo *-ino, -etto, -otto, -ello, -(u)olo, -uccio, -uzzo* y sus femeninos. Se dice *tavolino, cittadina, giardinetto, stanzetta, vecchiotto, ragazzotta, poverello, finestrella, sassuolo, pietruzza* etc. etc. Los gramáticos italianos los llaman *vezzeggiativi*, o sea «cariñosos». Pueden combinarse entre sí (*basso ? bassotto ? bassottino*) o con los sufijos aumentativos y peyorativos, que son sus contrarios (*libro ? libretto ? librettuccio*

? *librettucciaccio*). Los juegos de estos sufijos pueden ser muy sutiles. Están siempre presentes en la literatura, en la historia, en el paisaje italiano. El aeropuerto de Roma, situado cerca de la embocadura del río Tíber, se llama *Fiumicino*, san Francisco de Asís es el *Poverello de Assisi*; a Lorenzo de Medicis, que mató a su primo Alejandro, se le llamó *Lorenzaccio*, un personaje horrible y corrompido; una película famosa de Pier Paolo Pasolini tiene el título de *Uccellini e uccellacci* («Pajaritos y pajarracos»); el personaje de Mickey Mouse se llama en italiano *Topolino* («el ratoncito»), etc. etc.

El español y el portugués poseen también un acervo impresionante de sufijos diminutivos y aumentativos, que se pueden combinar de mil maneras. Es inútil insistir en este punto. Las tres lenguas románicas del Sur forman, en lo que concierne a los diminutivos y aumentativos, una frente unida, a la cual el francés se opone radicalmente.

Vale la pena recordar la historia de los diminutivos (y aumentativos) en francés. Hasta el siglo XVI esta lengua conoció una situación comparable con la del español, del italiano y del portugués: existían en francés muchos sufijos diminutivos, que se usaban como en esas lenguas. Pero todo cambia a partir del siglo XVII. Desaparecen de repente los diminutivos. Por lo que se refiere a la derivación nominal ha sobrevivido prácticamente una única forma: el sufijo femenino *-ette*, como en *maisonnette* o *chemisette*. Aún se pueden forjar neologismos de este tipo, como *calculette* (calculadora pequeña) o *gendarmette* (mujer policía), que aparecieron hace poco. Pero de modo general desaparecieron por completo los sufijos diminutivos en la derivación nominal. Muchos antiguos diminutivos se lexicalizaron como palabras normales, y los hablantes franceses han olvidado su origen: es el caso, por ejemplo, de *moineau* (gorrión), diminutivo de *moine* (monje), así llamado porque el plumaje gris de este pájaro se parece al burriel del hábito monacal.

Pero esta desaparición de los sufijos concierne solamente la derivación nominal (la de los nombres y adjetivos). Para los verbos la situación es muy diferente. Existe todavía en francés un rico acervo de sufijos verbales, que tienen en general un matiz iterativo y frecuentativo, por ejemplo:

-eter: voler (volar) ? *voleter* (revolotear)

-oter: parler (hablar) ? *parloter* (parlotear, charlatanear)

-iller: sauter (saltar) ? *sautiller* (dar saltitos)

También se pueden crear derivados con series enteras de sufijos, por ejemplo:

-Tourner (dar vueltas, girar) ? *tournailler, tourniquer, tournicoter* (andar de acá para allá)

Pero, para atenernos a los nombres y adjetivos, el francés imaginó otra solución al problema planteado por la desaparición de los sufijos diminutivos: el uso del redoblamiento expresivo de la primera sílaba. A imitación del lenguaje infantil (*papa, maman, o dodo* = «sueño» o «cama», de dormir), se crearon un

gran número de «hipocorísticos» (formas cariñosas de los *prénoms*, o «nombres de pila»), como *Lulu* (de *Louis*), *Jojo* (de *Joseph*) o *Gigi* (de *Geneviève*). Esta forma de derivación fue finalmente extendida al vocabulario general, p. ej. *chien* (perro) ? *chienchien*; *fille* (muchacha) ? *fifille*, *guerre* (guerra) ? *guéguerre* etc. Se observará que estos «diminutivos por redoblamiento» deben obedecer a una condición imprescindible: no pueden tener más de dos sílabas.

¿Cómo se puede explicar esta desaparición de los sufijos diminutivos en la derivación nominal del francés? Para muchos gramáticos, esta «excepción francesa» tendría motivos profundos: el francés sería una lengua intelectual, que rechaza aquellos morfemas impresionistas y sentimentales que son los diminutivos y aumentativos. El francés, lengua clásica; el español, el italiano y el portugués, lenguas barrocas: ¡Qué linda antítesis! Y recordemos que el jesuita Bouhours, uno de los padres fundadores del clasicismo francés en el siglo XVII, había condenado precisamente los diminutivos.

La razón verdadera de la desaparición de los diminutivos en el francés moderno debe buscarse, a mi parecer, en las tendencias generales que rigen toda la evolución del idioma desde su origen. Es un caso particular del empobrecimiento de la derivación, que ya observamos a propósito del plural de los nombres, de la expresión de las personas verbales y de la imposibilidad de dar un femenino a ciertas palabras como *professeur*. Y este empobrecimiento de la derivación resultó de una tendencia que domina su evolución fonética: la pérdida de los fonemas al final de las palabras. Un gran número de desinencias, en cierto momento de la historia del francés, dejaron de ser pronunciadas, aun cuando se mantuvieron en la escritura. Eso explica la supervivencia de las formas *-ette*, porque la presencia de una *t* da más cuerpo a la sílaba. Explica también la resistencia de los sufijos diminutivos en los verbos (tipo *voleter*, *parloter*) porque en las formas verbales estos sufijos están protegidos por las desinencias. Cuando la pérdida del sufijo es irremediable, se reemplaza por un morfema colocado delante de la palabra (es el caso de los redoblamientos como *Lulu* o *chienchien*). La solución más frecuente en la lengua viva de hoy consiste en emplear un adjetivo (que naturalmente estará antepuesto). Así, por ejemplo, cuando se dice *una viejita* en español, *una vecchietta* en italiano y *uma velhinha* en portugués, se dice en francés *une petite vieille*. Y la misma diferencia se comprueba en las formas aumentativas o peyorativas. Cuando se dice por ejemplo *una palabrota* en español, *una parolaccia* en italiano y *um palavrão* en portugués, se dice en francés *un gros mot*.

- V -

De todo lo que ha sido dicho hasta ahora se puede concluir que la comparación de uno de los idiomas románicos con los otros tres tiene para los usuarios de ese idioma un gran valor educativo y cultural. Hace en suma el papel que en otro tiempo era confiado al latín. No será inútil reflexionar un momento sobre este punto. Durante muchos siglos el estudio del latín fue, en nuestra

Europa, el fundamento de la educación. Quien sabía leer y escribir debía tener por lo menos un barniz de latín. Era a través del latín como un hombre, principalmente en los países románicos, miraba a su propia lengua. Esta situación tenía dos consecuencias opuestas y complementarias. Por un lado revelaba el parentesco que existe entre los idiomas «vulgares» y su frente histórica, poniendo así en plena luz la formación de su léxico y proporcionando un medio sencillo para crear palabras nuevas. Pero mostraba también las grandes diferencias que separan, desde el punto de vista estructural, la madre latina de sus hijas románicas. El estudio del latín, al mismo tiempo que revelaba las semejanzas, provocaba una «distanciación». Es una situación particularmente favorable para la adquisición de una cultura verdadera.

Ahora bien: pienso que una buena parte de los beneficios que se iban a buscar antiguamente en el estudio del latín pueden ser alcanzados hoy en día mediante el aprendizaje de las lenguas románicas. Aquí también el usuario de una de ellas descubre al mismo tiempo en las otras tres profundas similitudes y sorprendentes diferencias. El efecto de «distanciación» funciona perfectamente. Ya hemos tenido un buen ejemplo de lo que quiero decir con el problema planteado por la desaparición de los sufijos diminutivos en francés moderno. Pero quisiera proseguir esta reflexión mediante otros ejemplos, que sacaré de la organización del léxico.

Todas las palabras tienen varios sentidos al mismo tiempo: son, como se suele decir, *polisémicas*. Esta característica no es un defecto, una imperfección: es un rasgo universal del lenguaje humano. Con excepción de algunos términos científicos creados artificialmente, todas las palabras de todas las lenguas humanas son polisémicas. Además sucede que muchas palabras que aparecen simultáneamente en varias lenguas con formas emparentadas, y que, como es normal, son todas polisémicas, tienen un contenido semántico en parte idéntico y en parte divergente. Los «sentidos» no se superponen exactamente de una lengua a otra.

Un ejemplo sencillo es el del verbo español *esperar*, que tiene una polisemia elemental, con dos significados fundamentales: 1) tener esperanza, 2) aguardar. Misma situación en portugués con el verbo *esperar*. Pero el francés tiene dos verbos diferentes para expresar estos dos significados: *espérer* (tener esperanza) y *attendre* (aguardar). El italiano posee también dos verbos: *sperare* y *aspettare*.

Tomaré ahora un caso más complicado: la palabra española *letra*. Entre los sentidos múltiples que tiene hay cuatro principales, que aparecen en los ejemplos siguientes: 1) Las *letras* del alfabeto, 2) Facultad de *Letras*, 3) Tener una buena *letra*, 4) La *letra* de una canción. La misma polisemia se encuentra en portugués: 1) As *letras* do alfabeto, 2) Faculdade de *Letras*, 3) Ter uma boa *letra*, 4) A *letra* duma canção. Pero el francés y el italiano tienen una organización diferente: 1) Les *lettres* de l'alphabet - le *lettere* dell'alfabeto, 2) Faculté del *Lettres* - Facoltà di *Lettere*, 3) Avoir une belle *écriture* - avere una

bella *scrittura*, 4) les *paroles* d'une chanson - le *parole* di una canzone. Hay, pues, un paralelismo completo, por un lado, entre el español y el portugués, y por otro lado entre el francés y el italiano, ya que el grupo franco-italiano se aparta del grupo peninsular para los sentidos 3 y 4. Y la situación se torna aún más complicada si tenemos en cuenta el hecho de que la palabra «franco-italiana» *lettre / lettera* tiene otros empleos, para los cuales diverge una vez más de las dos lenguas peninsulares: una *lettre / lettera* es una misiva que se manda por el correo, - en español y portugués: una *carta*. Este ejemplo relativamente sencillo muestra que los «campos semánticos» de las palabras no coinciden, que no se recubren entre sí. Cada lengua es una red que echamos para coger las cosas. Pero estas redes tienen mallas diferentes, de modo que lo que «pescan» no es ni constante ni universal. Esta conclusión fundamental también se puede decir de otro modo: las lenguas son instrumentos al mismo tiempo maravillosos y peligrosos. El conocimiento del mundo que las palabras nos transmiten es parcial y relativo. Debemos desconfiar de las palabras.

Como se puede ver, la empresa que acometimos hace cinco años y que está llegando hoy a su término procedió de una idea sencilla, la de proporcionar a los usuarios de cada una de nuestras cuatro lenguas románicas un instrumento que les permita entender las tres otras. Pero a medida que íbamos progresando, nos dimos cuenta con una nitidez cada vez mayor de que el alcance de nuestro trabajo superaba con mucho el proyecto inicial. No se trata solamente de facilitar el aprendizaje práctico de las lenguas: se trata de un esfuerzo que puede conducir a un cierto renacimiento de los estudios latinos a través de los idiomas románicos, y aun, ¿por qué no decirlo?, a una cierta renovación de la cultura literaria.